

¿Por qué no hemos de fundar el pacífico reinado de las costumbres y de la libertad racional, templada y justa? Mexicanos naturalmente independientes, corazones generosos y sencillos, se empeñarán sin duda en propagar el culto santo de los principios y la sublime tolerancia del filósofo. Unidos en intereses, como lo estamos afortunadamente, por tantos y tan preciosos vínculos y por unas mismas aspiraciones políticas, satisfaremos el grato deber de colocar á nuestra hermosa patria en el asiento encumbrado de que es merecedora, por el arrojo de haber sacudido el yugo de su antigua metrópoli.

¡Hidalgo, Morelos, Iturbide! ¡Genios tutelares y augustos de la nacion mexicana! Apartad los ojos, para que no se inquiete ni suspenda vuestra celestial ventura, del cúmulo de infortunios y miserias, que hiriendo el pecho y ocultando el rostro, nosotros mismos lamentamos. La rica herencia que comprásteis con la sangre de los héroes, se ha empobrecido y menoscabado, porque nos apartamos del espíritu patriótico que os llevó al martirio y á la inmortalidad. En esta conmemoracion no se escuchan los cánticos de la victoria y de la alegría que en mejores años nos han traído á este mismo sitio á glorificar vuestros nombres. Los resentimientos, los odios, todas las pasiones capaces de debilitar la fuerza de un gobierno, de turbar el sosiego, de comprometer la seguridad y la dicha del pueblo, han emponzoñado su vida. La adversidad le ha sido necesaria, para que se le restituya la energía, creadora de todo lo que es grande y sublime, aquella moderacion que mantiene todo lo que es útil y bueno. Mas los errores y las desgracias no son vuestra obra: nunca dejaremos de confesar, ilustres campeones, que nos enseñásteis la ciencia de los combates y á medir las armas con ejércitos acostumbrados á pelear y vencer. Toda alma elevada, todo corazon sensible, os conserva el glorioso título de redentores de la patria.

Aliento, mexicanos: aun es tiempo de reparar lo perdido y de alzar un templo á la celestial concordia. Jurad sobre las tumbas de los mártires de la independencia, jurad con varonil esfuerzo, salvar á vuestro delicioso pais del despotismo

que todo lo enerva, de la anarquía que todo lo consume. Por graves que sean las circunstancias, nada es superior á la resolucion ilustrada y firme de un pueblo magnánimo. Burlad los designios de los incorregibles enemigos de la regeneracion americana, que se deleitan en la reproduccion de nuestros errores y desdichas. *No hay para nosotros esperanza, no hay porvenir, no hay felicidad mas que en la consolidacion y triunfo de la República.* El poder del genio y la fuerza de carácter, son suficientes para levantar á una nacion desgraciada. La Providencia castiga, pero no destruye. Abrid los libros santos. Aquel mismo Job, cuyas penas llorásteis conmigo, confió en su Dios, y Dios bendijo sus últimos años. ¡Prósperos y eternos sean los de la República!

DIJE.

En la reparticion de premios que se hizo á los educandos del colegio de Minería en Noviembre del año de 1845, el Sr. Tornel pronunció un magnífico discurso, y del cual solo inserto una parte:

“En los anales de las letras, brillan ciertos hombres, que, por una lamentable fatalidad abusaron de su ingenio, cubrieron de lepra á la generacion contemporánea, y contagiaron á la que siguió. Montesquieu introdujo la duda sobre lo que nadie dudaba, y al tacto de tantas investigaciones provechosas á las sociedades, colocó supuestos descubrimientos, que prepararon el continuo vértigo de que fueron las víctimas. J. Santiago Rosseau, dotado de un entendimiento colosal, subyugó los espíritus con sus elocuentes paradojas, y despues de haberse mofado de la religion, aunque confesaba hipócritamente la pureza y santidad del Evangelio, arrojó en su *Contrato Social* esa tea que ha incendiado el antiguo y nuevo mundo. Voltaire, el literato mas privilegiado de Dios, lanzó sus dardos venenosos contra el Omnipotente, y sumer-

gió en su oceano de ridículo los dogmas y las tradiciones, los códigos y las leyes, las costumbres y los hábitos de moralidad, todos los objetos que merecian la veneracion pública. Y entre los escritores de rango inferior hallaron imitadores, que para ganar celebridad, atacaron todo poder en el cielo y en la tierra, complaciéndose en sembrar sus tristes laureles en las orillas mismas del espantoso abismo de la anarquía que dejaron abierta quizá para siempre. El libertinaje y la incredulidad, ejercieron el influjo malhadado de la moda, y las imaginaciones débiles en casi todos los pueblos, reimpressionaron con las doctrinas mas absurdas, mas impías y mas desorganizadoras.

La revolucion de Francia es de nuestro tiempo, viven muchos de sus actores en tan ruidosas escenas; se mantiene la memoria de los bienes y de los males que causó! ¿Podrá olvidarse jamas, que los altares fueron derribados y degollados los sacerdotes sobre las aras? ¿Que cayeron los palacios y las chosas? ¿Que la guillotina fué la niveladora de las fortunas y de las condiciones? Todas las creencias habian recibido antes el nombre de fanatismo; toda autoridad, el odioso de la tiranía; y nada era mas natural que un pueblo susceptible, se convirtiera en enemigo de cuanto enfrenaba sus pasiones y servia de coto á sus desarreglos. ¡Cuánto hubieran ganado los hijos de esa hermosa Francia, con haber conservado ileso el culto de sus mayores, y con haber establecido sobre la base de la religion, las mejoras y reformas que en su sistema social y administrativo le eran tan necesarias! La extension de su territorio, la riqueza y abundancia de sus recursos, su crecida poblacion, sus numerosas líneas de defensa, la bizarría y heroismo de sus soldados, todo contribuía á que la nueva Atenas, emporio del comercio y patria de las ciencias, fuera distinguida como la primera entre las naciones civilizadas; y por haber negado á su Dios, por haber sacudido el yugo saludable de la moral cristiana, por haber violado los preceptos de la caridad y de la benevolencia, hubo para la Francia, una página de vergüenza que no pudo borrar con rios de sangre. Y no solo la Francia, varios otros pueblos de Europa y América, que ella habia re-

ducido con sus teorías engañosas, creyeron que dándoles riqueza la industria, gloria el valor y el genio, poder y energía el entusiasmo, sin religion, era posible una sociedad ordenada y venturosa. ¡Error el mas pernicioso y digno de llorarse! Mas el hombre ilustre que restableció la autoridad en Francia, y la rodeó de nuevo prestigio, fué tambien el restaurador del culto, é hizo cesar el reinado monstruoso de la anarquía. Entre dos épocas se puede allí escoger: la de prosperidad y honor que no se separan de la Francia, desde que la ciencia no excluye el dogma y la virtud, y desde que ha vuelto á alzarse la Cruz de Jesucristo, en las torres de los templos y en los palacios, en las ciudades y en los campos.

En América principalmente, en donde procuramos con tan doloroso afan constituir naciones respetables por su vigor y su justicia, es preciso que el principio religioso sea el primero entre los sociales. En América, donde una série nunca interrumpida de incasantes revoluciones, ha debilitado el poder público y relajado todos los resortes de la autoridad, esa ley que del cielo baja al corazon, que ordena y arregla los deseos é inclinaciones del hombre, es la única esperanza de civilizacion que conservamos ya que las instituciones civiles y políticas se forman y se deslizan como los débiles vapores que acompañan á los crepúsculos de la mañana y de la tarde. Los patriotas sinceros, los que se inquietan por el porvenir tan oscuro como incierto de la república mexicana, deben empeñarse para que la tierna juventud que se educa y á la cual legaremos un patrimonio de errores y de ejemplos de perdicion, reciba al menos el bien precioso de la religion, como lo heredamos de nuestros padres, en el seno de las familias, en las escuelas y en todos los seminarios, es muy oportuno inculcar constantemente las verdades puras y sencillas de la religion, atraer y deleitar el entendimiento de los niños apasionados por su edad á todo lo maravilloso, con la relacion de misterios tan ricos en poesía y que fueron para el Dante, para Milton, para Klopstock, para Racine, para Chateaubriand, para Lamartine, para Abad, para Lista y para Pcsado, fuentes inagotables de belleza, que se buscan en vano en

las inspiraciones de los inmortales cantos de Grecia y de Troya.

Si alguna vez, seminaristas que me escuchais, abris las páginas santas, yo os aconsejo que fijeis toda la atención en el libro incomparable del patriarca de la Arabia, y él os servirá para conocer el poder del Altísimo, el origen de las ciencias que cultivais y la vanidad y pequeñez de las investigaciones y descubrimientos humanos. ¿Dónde estábais, os dice el Señor por boca de Job, cuando puse los fundamentos de la tierra? ¿Cuáles son sus bases? ¿Quién ha colocado la piedra angular? ¿Quién ha puesto diques al mar y le mandó que no avanzase adelante? ¿Sois vosotros los que después de haber venido al mundo, dais órdenes á la estrella matutina y mostrais á la aurora el lugar en que debe nacer? ¿Habeis meditado sobre la extensión de la tierra? ¿Cuál es el origen de la lluvia? ¿Quién ha producido las gotas de rocío? ¿Quién ha colocado la sabiduría en el corazón del hombre? Y Job también os dirá donde se encuentra la verdadera sabiduría. ¿Dónde está ella? pregunta. ¿Cuál es el lugar de la inteligencia? El hombre no conoce su precio; no se halla en la tierra de los que viven en las delicias. El abismo, dijo, no está en mí; y el mar, dijo, no está conmigo. Ella no se vende por el oro más precioso, no se adquiere á precio de plata. Ninguno la comprará con las mercancías de la India, cuyos colores son los más vivos, ó con la sardónica ó el zafiro de mayor precio. Todo lo que es grande y elevado se coloca después de ella; más la sabiduría tiene una causa secreta de donde procede. ¿De dónde viene, pues, la sabiduría? ¿Dónde se halla la inteligencia? Dios es el que sabe cuáles son sus caminos y el lugar en el cual habita, porque él ve al mundo de un extremo al otro y nada ignora de lo que pasa debajo del cielo; porque él es quien ha dado paso á los vientos y ha pesado y medido el agua. Cuando imponía sus leyes á las lluvias, cuando marcaba su camino á los rayos y á las tempestades, *El* la ha visto, la ha descubierto y sondeado su profundidad, y dijo al hombre, *La sabiduría es el temor de Dios*, y la inteligencia consiste en saberse librar del mal. La ciencia, jóvenes queridos que os recomiendo, no es la de los mentidos fi-

lósofos que osaron dictar leyes á la creación y pretendieron encadenar con sus sistemas la armonía del Universo; es la humilde ciencia cristiana, que profesan todos los pueblos cultos de la tierra, y que será vuestro fanal en las vicisitudes y tempestades de la vida.

«Gobernantes sin honra y escritores sin conciencia, son los que se propusieron romper la cadena que une el cielo con la tierra, á fin de que, abandonados los hombres y los pueblos á sí mismos, y careciendo de los estímulos y correctivos que vienen de lo alto, se entregaran á los desórdenes de las pasiones, sin otras esperanzas ni otros temores, que los comprendidos en el estrecho círculo de la materia ó de una sensibilidad puramente animal. Como la voz de Dios interrumpe el sueño del que se goza en su maldad; como esa voz terrible sorprende en medio de sus ilusiones al vicioso, grande ó pequeño, al rico y al pobre, al príncipe y al vasallo, y no les permite burlarse de la moral, de la justicia y de la inocencia, concibieron el negro designio de destruir ó desacreditar los preceptos que Sócrates y Marco Aurelio habían respetado, y más aún todavía, los que santificó con su doctrina y sus ejemplos el Divino Maestro de la humanidad.

«Para desgracia de su especie, se antepuso la ciencia á la virtud, los conocimientos á las costumbres, las artes de imaginación á los deberes, y en un mundo ideal y especulativo nada quedó que fuera capaz de hacer impresión en los espíritus: ni autoridad, ni experiencia, ni una razón verdaderamente ilustrada. Los padres ya no amaron á sus hijos; la piedad filial cesó de manifestarse en el pecho de los jóvenes; en los amos ya no hubo compasión ni justicia; en los criados faltó la fidelidad; los que carecían de enemigos fueron oprimidos por sus propios amigos; el amor al trabajo, el amor á la patria, todos los sentimientos nobles y generosos que formaban las costumbres de las naciones desaparecieron, dejando en pos de sí, confusión, tumultos y desórdenes. La moral se hubiera perdido, si las leyes que la sabiduría eterna ha grabado en los corazones, no fueran tan inmutables, como las que imprimen el movimiento de rotación á los astros inmensos que giran sobre nuestras cabezas. Ciertamente es, que

el insensato dijo en su corazón, *no hay Dios*. ¿Y qué importan la ignorancia y maldición del perverso? Las semillas de la virtud brotan fácilmente de nuevo; el hombre se complace en la regularidad de la vida doméstica, y los gobiernos, tarde ó temprano, se interesan en el concierto de la vida civil. La inmoralidad es una amenaza de que no logran sustraerse, ni las cosas, ni los hombres, ni las instituciones antiguas, ni las modernas, ni los hábitos, ni las tradiciones. Y no es solamente una amenaza, ¡cuántos pueblos del globo han desaparecido del catálogo de las naciones, porque la corrupción de costumbres y la ausencia total de las virtudes públicas y privadas, les abrieron un abismo insondable! No podemos, en verdad, fijar la vista en treinta y siete años (1) de revueltas, sin estremecernos y sin temblar por la muerte venidera de nuestra patria. ¿El hombre de autoridad es aquí algo más que una palabra vacía y sin sentido? ¿Ha quedado en pie uno solo de esos hábitos de subordinación y obediencia, sin los cuales la sociedad no es más que un fantasma? ¿Existe algún poder que no se convierta en irrisión? ¿Y las costumbres venerables de nuestros antepasados, se mantienen en esa pureza que llegó á llamarse proverbial? Conózcanse los males de la república, que bien graves son, y búsquense los remedios con la premura, con la urgencia que reclaman las circunstancias. Laudable es el pensamiento de ilustrar á las masas, mas es indispensable educarlas primero, si se considera que la nombradía de los gobiernos procede del triunfo de los principios conservadores. Estas casas de enseñanza en que se encieran *al pueblo* futuro y las más floridas esperanzas de la nación, pueden auxiliar activamente á nuestros gobiernos en esa empresa filantrópica, y el Colegio de Minería, confesémoslo, ha llenado su deber y colmado su destino.»

(1) Esto decía en Noviembre de 1845.

OBSERVACIONES.

Casi cuarenta años han transcurrido de haber pronunciado este notable orador el discurso cívico precedente, y no obstante el crecido número que de estos tenemos, se puede, sin temor de equivocación, asegurar que es uno de los mejores. Su riqueza en el lenguaje, su elegancia en el decir, sus imágenes llenas de atractivos, unido á un aspecto hermoso é imponente, hacen del Sr. Tornel uno de los primeros oradores mexicanos.

En ese discurso, su autor, separándose de lo acostumbrado por otros oradores, entra á examinar, como se había aprovechado en bien de la nación, los heroicos esfuerzos de los padres de la Independencia, señalando la causa de los males que afligian al país, y el medio de evitarlos. Su elevado patriotismo, nobleza de sentimientos y franqueza de carácter, le hacen presentar sus ideas con suma precisión y claridad. No omite lo que debe decir, ni hace referencia de lo inconducente, distrayendo el ánimo de sus oyentes. Es, en fin, una pieza digna de estudio y que ella solo basta para formar una reputación.

Respecto del discurso que dirigió á los jóvenes de Minería al efectuarse la repartición de premios (y del que solo he insertado una parte, por ser demasiado largo), es verdaderamente bello. En él, el Sr. Tornel, se dirige á la juventud, con un lenguaje tan dulce, tan lleno de atractivos, que inclina y atrae, dejando agradablemente impresionado el ánimo de su auditorio. El orador, al inculcar en el corazón de aquellos jóvenes, que sin el principio religioso, sin la moral, no es posible subsista ninguna sociedad, nos revela no solo la rectitud de sus principios, sino que él es también un filósofo creyente, un orador cristiano.